

## Prólogo

El año en que cumplí los doce, aprendí a mentir.

No me refiero a las mentiras piadosas que dicen los niños, sino a las mentiras reales alimentadas por miedos reales: cosas que me apartaron de la vida que siempre había conocido y me arrojaron de golpe a una nueva.

En el otoño de 1943, mi vida apacible se puso de cabeza, no sólo por la guerra que sumió al mundo entero en un conflicto descomunal, sino también por una niña de corazón oscuro que llegó a nuestras colinas y lo cambió todo.

A veces me sentía tan confundida como si fuera un rehilete que da vueltas sin parar, pero durante esa época inquietante entendí que, sencillamente, de nada serviría esconderme en el granero con un libro y una manzana y dejar que todo ocurriera sin mí. No iba a cumplir doce años sin ganarme el sustento, es decir, mi lugar, mi pequeña autoridad, la posibilidad de ser alguien.

Aunque no sólo se trataba de eso.

El año en que cumplí los doce, aprendí que lo que yo decía y hacía importaba.

Tanto que a veces no estaba segura de querer esa carga.  
Pero de todas formas la acepté, y la sobrellevé lo mejor  
que pude.

## Capítulo uno

Todo empezó con el cochinito de porcelana que mi tía Lily me regaló en Navidad, cuando yo tenía cinco años.

Mi madre fue quien se dio cuenta de que había desaparecido.

—Annabelle, ¿escondiste tu alcancía?

Ella estaba limpiando el zoclo de mi cuarto mientras yo guardaba mi ropa de verano. Debió darse cuenta de que la alcancía no estaba porque en mi pequeña habitación casi no había nada más que los muebles y las ventanas, un peine, un cepillo y un libro junto a mi cama.

—Nadie va a tomar tus cosas —dijo—. No es necesario que las escondas.

Ella estaba de rodillas en el suelo, y su cuerpo entero se sacudía mientras tallaba; lo único que veía eran las suelas de sus zapatos negros que usa para trabajar.

Me alegró que mi madre no pudiera ver mi cara. Yo estaba doblando el vestido, demasiado rosa, que usaba los domingos –el cual esperaba que dejara de quedarme la primavera siguiente–, e imaginé que mi rostro se ponía de ese mismo espantoso color.

Ese día, cuando regresé de la escuela, fui por la alcancía para sacar un centavo, pero, al agitarla, se me cayó accidentalmente y se rompió en pedazos; las monedas que había ahorrado durante años, y que para ese entonces debían sumar al menos diez dólares, rodaron por el suelo. Enterré los pedazos de loza más allá del huerto y reuní las monedas en un viejo pañuelo; lo até de las esquinas y escondí el bulto en una bota de invierno debajo de mi cama, junto con el dólar de plata de la colección de mi abuelo, que me había dado en mi último cumpleaños.

Nunca puse ese dólar de plata en mi alcancía porque no lo veía como dinero, sino como una medalla que algún día iba a usar; tenía la imagen de una mujer muy hermosa, espléndida y seria con su corona de picos.

Decidí que podía deshacerme de un centavo, tal vez un poco más, pero no le daría ese dólar de plata a la chica terrible que me esperaba en el camino rumbo a la Fosa del Lobo.

Para ir a la escuela, todos los días caminaba con mis hermanos —Henry, de nueve años, y James, de siete— y me internaba en la Fosa del Lobo, de la que luego volvía a salir de regreso a casa. Ése era el lugar donde una chica mayor, robusta y fuerte llamada Betty, dijo que me iba a esperar después de la escuela.

Había llegado de la ciudad para vivir con sus abuelos, los Glengarry, que vivían a la orilla del arroyo Raccoon, justo al final del camino a nuestra granja. Desde el día en que apareció en la escuela, tres semanas antes, me había dado miedo.

Corría el rumor de que habían mandado a Betty al campo porque era *incorregible*, una palabra que tuve que buscar en el gran diccionario de la escuela. No sabía si vivir en el campo con sus abuelos era un castigo o un remedio, pero de cualquier forma no me pareció justo que la tuviéramos que soportar nosotros, que no habíamos hecho nada tan terrible.

Ella llegó a la escuela una mañana, sin fanfarrias ni demasiadas explicaciones. Éramos casi cuarenta alumnos, más de lo que se suponía que la pequeña escuela podía albergar, así que algunos compartíamos el lugar: dos en un asiento para uno, dos escribiendo y haciendo sumas sobre la cubierta inclinada y llena de marcas del pupitre, dos libros en el cajón bajo la cubierta.

Para mí no era tan grave porque compartía el asiento con mi amiga Ruth, una niña pálida de pelo oscuro y labios rojos, de voz suave y vestidos planchados a la perfección. A Ruth le gustaba leer tanto como a mí, así que teníamos esa ventaja en común. Y ambas éramos unas niñas flacuchas que se bañaban habitualmente (lo que no se podía decir de todos los alumnos de la escuela Fosa del Lobo), así que no era tan malo sentarnos juntas.

Nuestra maestra, miss Taylor, dijo “buenos días” cuando vio a Betty parada al fondo del salón. Betty se quedó callada, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Niños, les presento a Betty Glengarry.

Su nombre me pareció sacado de una canción.

Teníamos que decirle “buenos días”, y eso hicimos. Betty se nos quedó viendo sin contestar nada.

—Estamos un poco apretados, Betty, pero te encontraremos un lugar. Cuelga tu abrigo y deja tu lonchera.

Nos quedamos atentos y en silencio para ver dónde la iba a ubicar miss Taylor, pero antes de que le asignara su asiento, una niña delgada llamada Laura, que seguramente vio lo que se le venía encima, recogió sus libros y se apretujó contra su amiga Emily, dejando libre el pupitre.

Desde entonces, ése fue el lugar de Betty. Estaba enfrente del que yo compartía con Ruth, tan cerca que, un par de días después, me colgaban del cabello bolitas de papel ensalivado, y tenía las piernas llenas de diminutas llagas rojas porque Betty estiraba la mano para picarme con su lápiz. No estaba contenta con la situación, pero me alegraba que Betty hubiera elegido fastidiarme a mí y no a Ruth, que era más chica y delicada. Además, yo tenía hermanos que me hacían cosas mucho peores, y Ruth no tenía ninguno. Durante la primera semana, decidí aguantar los pequeños ataques de Betty, esperando que se calmaran con el tiempo.

En una escuela distinta, la maestra habría notado estas cosas, pero miss Taylor actuaba como si no importara lo que sucedía a sus espaldas.

Como ella era la única encargada de enseñarnos, en las sillas de hasta delante, junto al pizarrón, sentaba al grupo al que le iba a explicar algún tema, mientras los demás trabajábamos en nuestros pupitres, esperando a que llegara nuestro turno de pasar al frente.

Algunos de los niños más grandes pasaban dormidos buena parte del día. Y cuando se despertaban para acercarse al pizarrón, su desprecio hacia miss Taylor era tan

manifiesto que creo que las clases que les daba a ellos eran más cortas de lo que tendrían que haber sido. Se trataba de muchachos robustos muy útiles en sus granjas, a los que les parecía absurdo ir a una escuela donde no les enseñaban a sembrar, cosechar o pastorear nada. Entendían muy bien que si seguía la guerra cuando crecieran, la escuela no les ayudaría a luchar contra los alemanes. Ser los granjeros y rancheros que alimentaban a los soldados podría salvarlos de la guerra, o hacerlos muy fuertes para pelear; algo que nunca aprenderían en un salón de clases.

Aun así, durante los meses más fríos, en casa les pedían hacer trabajos tediosos y duros: arreglar cercas, techos de granero y ruedas de carreta. Si tenían la opción de pasar un día cabeceando y, en los recesos, riñendo con los otros niños en lugar de trabajar expuestos al viento helado, por lo regular elegían la escuela, siempre y cuando lo permitieran sus padres.

Pero en octubre, cuando llegó Betty, los días aún eran cálidos, así que esos niños horrendos no iban a la escuela con regularidad. De no haber sido por ella, la escuela habría sido un lugar pacífico, al menos hasta que todo se hiciera pedazos aquel terrible noviembre, cuando me pidieran decir mi catálogo de mentiras.

En ese entonces yo no sabía cómo describir a Betty adecuadamente, ni cómo nombrar aquello que la alejaba de los otros niños de la escuela. Antes de cumplir una semana, ya nos había enseñado una docena de palabras que no teníamos por qué conocer, había vertido un cartucho de tinta en el suéter de Emily y les había explicado a los

más pequeños de dónde venían los bebés, algo de lo que yo apenas acababa de enterarme por mi abuela la primavera anterior, cuando nacieron los becerros. En mi caso, mi abuela manejó lo de los bebés de forma sutil, con la gracia y el humor de alguien que había parido varias veces, todas y cada una de ellas en la cama que aún compartía con mi abuelo. Pero para los niños más pequeños no resultó nada sutil. Betty se lo dijo con crueldad. Aterrorizándolos. Peor aún, les advirtió que si la acusaban con sus papás, ella los perseguiría por el bosque al salir de la escuela para darles una paliza, como me amenazaría a mí más tarde. Quizá los mataría. Y ellos le creyeron, igual que yo.

Yo podía amenazar a mis hermanos con matarlos y descuartizarlos decenas de veces al día, pero ellos se reían de mí y me sacaban la lengua, en cambio a Betty le bastaba con mirarlos para que se calmaran de inmediato. Así que quizá mis hermanos no hubieran sido de mucha ayuda de haber estado conmigo aquel día en la Fosa del Lobo, cuando Betty apareció detrás de un árbol y se paró bloqueándome el camino.

Cuando era más pequeña, le pregunté a mi abuelo cómo había surgido el nombre de la Fosa del Lobo.

—Antes acostumbraban cavar grandes fosas para atrapar lobos —me respondió.

Mi abuelo era uno de los ocho que vivíamos en la granja que había pertenecido a nuestra familia durante cien años; tres generaciones bajo un mismo techo después de que la Depresión, que provocó que todo el país tuviera que apretarse el cinturón, hiciera de nuestra granja el



mejor lugar para vivir. Ahora que la Segunda Guerra Mundial hacía estragos, un montón de gente cultivaba jardines de la victoria\* para poder alimentarse: nuestra granja era un gigantesco jardín de la victoria y mi abuelo pasó toda su vida cuidándolo.

Él era un hombre serio que siempre me decía la verdad, cosa que no siempre me gustaba, pero aun así le seguía preguntando. Por ejemplo, cuando quise saber cómo bautizaron la Fosa del Lobo, me lo explicó aunque entonces yo sólo tenía ocho años.

Mio abuelo estaba en una silla cerca de la estufa, con los codos sobre las rodillas y las manos colgando de sus grandes muñecas, los pies pálidos listos para ponerse sus botas. En distintas épocas del año parecía un hombre más joven, de ojos muy abiertos. Pero aquella mañana, aunque apenas era junio, se veía rendido. La parte superior de su frente era tan blanca como sus pies, en cambio la nariz y las mejillas eran morenas, como sus manos y brazos hasta donde se arremangaba la camisa. Yo sabía que estaba cansado, aunque pasara buena parte del día haciendo trabajos menores, sentado a la sombra.

—¿Por qué querían atrapar lobos?

No se podía ordeñar a un lobo. Ni engancharlo a un arado. Ni tampoco, me parecía a mí, cocinarlo para la cena.

—Para que ya no hubiera tantos correteando por aquí.

---

\* Durante la Segunda Guerra Mundial, debido al racionamiento de los alimentos, el gobierno de Estados Unidos impulsó los llamados *Victory Gardens* (jardines de la victoria), pequeños huertos domésticos para que la gente cosechara sus frutas y verduras. [N. del E.].

No me miraba a mí, veía sus manos. Aunque ya eran tan correosas como el cuero, en la base de cada pulgar tenía una ampolla supurante por ayudar a mi padre a sembrar.

—¿Se comían a los pollos? —pregunté. Algunas veces, me despertaba en la mañana con los gritos que mi madre le daba a una zorra que había entrado escarbando hasta el gallinero. No estaba segura de que mi madre pudiera gritarle a un lobo de la misma forma.

—Entre otras cosas —se enderezó y se frotó los ojos—. Ya no había mucha gente cazando lobos. Eran demasiados, y demasiado valientes.

Me imaginé una fosa llena de lobos.

—¿Los mataban después de que caían en la fosa?

Mi abuelo suspiró.

—Les disparaban. Les quitaban las orejas, por la recompensa. A tres dólares el par.

—¿Las orejas? Y si eran cachorros, ¿se los quedaban como mascotas?

Mi abuelo no hacía mucho ruido al reírse. Sólo sacudía los hombros un par de veces.

—¿Crees que un lobo se llevaría bien con los perros?

En la granja siempre había muchos perros. No me podía imaginar el lugar sin seis o siete corriendo por todas partes. De vez en cuando alguno desaparecía, pero pasado un tiempo aparecía otro y tomaba su lugar.

—Podrían haber criado bien a los cachorros. Volverlos perros.

Mi abuelo se pasó los tirantes por los hombros y empezó a ponerse los calcetines.

—Un lobo no es un perro, y nunca lo será —dijo—, no importa cómo lo críes.

Ya con las botas puestas y amarradas, se levantó y posó sobre mi cabeza una de sus grandes manos.

—También mataban a los cachorros, Annabelle. Quizá no lo pensaban demasiado. No se te olvide que a ti no te preocupó en lo más mínimo cuando machaqué a aquella joven serpiente cabeza de cobre la primavera pasada.

La huella de su bota había quedado impresa en la serpiente, como si estuviera hecha de barro.

—Las cabezas de cobre son venenosas —dije—. Es distinto.

—No, para la serpiente no lo es —me respondió—. Ni para el Dios que la hizo.